

SÚPLICA

AL CORAZÓN TRANSVERBERADO DE SANTA TERESA DE JESÚS

PATRONA DE LAS ESPAÑAS

Orad, hermanos, porque todo lo puede la oración.
(Santa Teresa de Jesús)

Mira con ojos compasivos a tu España, oh Teresa de Jesús, tú que eres su Patrona, y humilla a los enemigos de nuestra santa fe. Acuérdate de los trabajos grandísimos que pasaste para santificarla, y muéstrate propicia. Son tus hermanos los católicos españoles los que esto te piden, en este mes consagrado a honrar tu corazón abrasado y herido por el amor divino. ¡Oh Víctima de la caridad! abrasa nuestros corazones con los ardores del amor de Jesús, a fin de que unidos en unos mismos sentimientos, gocemos de paz y de bienandanza. Líbranos de todo mal en vida y de la condenación eterna. Compadécete, pues tienes piadoso corazón, de tu pobre España, y dale remedio en todas sus necesidades. Son extremos los peligros que nos cercan: brille, pues, el poder de tu intercesión en salvarnos, tú que todo lo puedes y todo lo alcanzas del Corazón misericordioso de Jesús, tu enamorado Esposo. ¡Corazones dulcísimos de Jesús y de Teresa! por vuestras espinas, por vuestra llaga, por vuestra cruz y ardoroso amor, salvadnos, que perecemos. Salvad a la Iglesia, salvad a Pío IX, salvad a la pobre España.

¿SOMOS HUMILDES DE CORAZÓN?

¡Oh humildad! ¡qué grandes bienes haces a sonde
estás, y a los que se llegan a quien la tiene!
(Santa Teresa de Jesús, vida, c. 23)

Parémonos hoy, lector querido, después de haber admirado la humildad de corazón de la gran Teresa de Jesús, a examinar un poco nuestro pobre corazón, para sacar algún provecho de los ejemplos de humildad profundísima que nos da tan gran Santa. Porque, dime, ¿de qué nos serviría admirar, ponderar y discurrir sutilmente acerca de la humildad de nuestra Amada, si no nos moviésemos a imitarla en algo al menos si no en todo? Seríamos como la multitud de necios que hoy puebla la tierra, que ensalzan las excelencias de la virtud, pero que no se curan de practicarla. No así los amantes teresianos, que debiendo ser la levadura del mundo, es menester den ejemplo y sean predicadores de obras.

Preguntémonos, pues, en este día y procuremos traer examen todo el mes sobre ello: ¿Somos humildes de corazón? y veamos qué nos responde la conciencia.

Nos convida a este examen la santa Iglesia en este mes a todos los devotos de la seráfica Doctora con la celebración de la fiesta de la Transverberación del corazón de la Santa. Presentándonos este Corazón transverberado y espinado a la vez, parece decirnos la Iglesia: “¿No podrá ser vuestro corazón semejante al de vuestra Patrona? ¿Por qué no amáis como él amó? ¿Por qué no sentís humildemente de vosotros mismos y grandemente de Dios, como él sintió?”. Entrad en este corazón purísimo, y aprended allí a ser humildes de corazón. Abierta está la puerta, franca es la entrada: no hallaréis quien os lo estorbe si vais con el piadoso intento de admirarlo e imitarlo. Ni el Querubín que guarda la entrada con dardo de fuego templado en la fragua del divino amor os gritará: ¡Atrás! antes bien conmigo os convidará a que entréis y hagáis allí vuestra mansión hasta tanto que respondáis satisfactoriamente a esta pregunta: ¿Soy humilde de corazón como mi protectora Teresa de Jesús?”.

Secundando, pues, los deseos de la Iglesia, voy a ayudarte en este examen de la humildad de corazón, hermano mío.

Dime, pues, ¿qué sientes de ti mismo? ¿altamente o bajamente, en verdad... o en mentira? ¿En cuánto te aprecias? ¿Te aprecias como debes y en lo que debes, que es por tu dignidad de cristiano, por ser hijo de Dios, heredero de su gloria? ¿Te estimas en mucho

porque tienes un alma inmortal criada a imagen de Dios, redimida con su sangre, hermoseada con su gracia?

Estos son los únicos títulos gloriosos de verdadero aprecio.

¿O quizás eres de los que descuidan o en nada estiman estos gloriosos títulos, y mides tu grandeza y te aprecias en mucho porque eres rico o hermoso, poderoso, sabio o andas bien vestido?

Pues todas estas cosas son vanidad y aflicción de espíritu. No merecen llamar la atención del cristiano ni pueden llenar su corazón.

¿Eres humilde de corazón, hermano mío? Atiende cómo recibes los desprecios, las injurias, las afrentas. ¿Las recibes con alegría? ¿Les sales al encuentro y las recibes con rostro alegre como hermanas, como esposas de tu alma? Y si a tanto no llega tu virtud, la humildad de tu corazón, ¿las llevas a lo menos con paciencia? ¿no te irritas cuando te ves menospreciado? ¿Sufres por amor de Dios y de tu Teresa algo en descuento de tu orgullo y de lo que has agraviado a Dios alzándote a mayores? Pues muy justo es que quien pecó por subir desordenadamente, padezca bajando a ocupar el ínfimo lugar.

Registra todos los senos de tu corazón, y dime qué te responde a todas estas preguntas... ¿Nada tienes que corregir? ¿nada qué mejorar? ¿eres humilde de corazón tanto, si no como el divino Jesús de Teresa, a lo menos como Teresa de Jesús? ¿Qué semejanza y desemejanza observas entre su corazón y el tuyo? Reflexiona, y empieza hoy con fervor a imitar tan perfectos modelos.

Atiende para mejor conocer la humildad de tu corazón a las palabras que pronuncia tu lengua. Registrando la lengua, descubren los médicos la enfermedad interior. La mano acude donde se siente dolor, y la lengua donde se tiene amor. ¿Qué dices de ti mismo? ¿Hablas de ti y de tus cosas humildemente o exageradamente? ¿Te complaces en las alabanzas, o lo que sería peor, te alabas a ti mismo, por tus talentos, por tu virtud, por tus buenas obras? ¿o quizás, y esto sería lo último de la perversidad, haces gala de tus vicios, y de los desórdenes de tu vida?

Examina si te humillas en tus palabras bellacamente, esto es, con el fin de sacar mayores alabanzas de tu prójimo. ¡Oh! que el amor propio es muy sutil, y por otro lado es tan hermosa y agrada tanto a todos y se tiene en tan subido aprecio la virtud santa de la humildad, que hasta el orgulloso procura vestirse con su ropaje para presentarse al mundo y captarse su benevolencia y consideración.

¿Quieres aprender en verdad a ser humilde de corazón? pues te encargo que tengas presente esta advertencia. De tu prójimo habla siempre bien; del vicio y pecado siempre mal; pero de ti mismo y de tus cosas ni bien ni mal. Créeme: evitarás con esto los escollos así del orgullo descarado como de la refinada soberbia. Tú cuida de ser bueno en tus intenciones, palabras y obras, y deja a Dios el cuidado de publicarlas. Verás con esta precaución como aprendes muy presto a ser verdaderamente humilde, y sales de la escuela de Teresa de Jesús aprovechado discípulo. Examina... resuelve... enmiéndate.

Más no te desanimes si no sales aprovechado discípulo en un día, ni desmayes si te ves lleno de imperfecciones; pues ellas serán ejercicio provechoso de humildad. Más vale, decía la humildísima Teresa de Jesús, la menor parte de conocimiento propio, adquirido por la experiencia de nuestra miseria, que las más encumbradas consideraciones, las lágrimas y ternuras de corazón.

Además de que tiene tal propiedad esta virtud, que sólo es conocida de los de fuera de casa, y desconocida de aquel que la posee. No obstante, si eres humilde de corazón, vivirás en gran paz, y en todas tus obras tendrás contentamiento. Porque esto tiene de bueno esta escondida y sublime virtud, dice Teresa de Jesús, que ninguna obra a que ella acompaña, deja descontenta al alma.

Seamos, pues, humildes de corazón como santa Teresa de Jesús, y siendo nuestras obras agradables al humildísimo Corazón de Jesús gozaremos de perfecta paz y hartura en vida, de gran consuelo y confianza en la hora de la muerte, y de un torrente de delicias y felicidad eterna en el cielo.

A LOS QUE SE INTERESAN POR LA MAYOR GLORIA DE DIOS

Toda mi ansia era y aún es que, pues tiene el buen Jesús tantos enemigos y tan pocos amigos, que esos fuesen buenos.

Todos ocupados en oración por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden, ayudemos en lo que pudiéremos a este Señor mío, que tan apretado le traen aquellos a quienes El ha hecho tanto bien.

(*Santa Teresa de Jesús a sus devotos*)

En esta ciudad de Tortosa un amigo nuestro muy querido, que tiene celo ardiente por promover los intereses de Jesús, concibió ha dos años la idea de formar una suscripción para allegar recursos con el fin de facilitar a los jóvenes pobres medios de seguir la carrera eclesiástica que de otro modo un pudieran. Dios ha bendecido los desvelos de nuestro querido amigo, habiendo sido educados y mantenidos en todo o en parte con el producto de algunas suscripciones fijas y limosnas eventuales en el presente curso del 73 al 74, veinticuatro jóvenes de familias pobres, que de otra manera difícilmente hubieran podido empezar o proseguir sus estudios eclesiásticos.

Sea a Dios la gloria por tan feliz resultado, y a nuestro querido amigo un motivo de aliento y consuelo por haber logrado, en estos tiempos tan calamitosos para la Iglesia, tan señalado triunfo sobre los planes anticristianos del genio del mal, que trata con un sistema infernal de destruir por completo la Iglesia católica; y a todos un estímulo de imitar o coadyuvar a tan noble empeño.

Porque no puede negarse, vista la marcha de la revolución en España, que no se trata hoy día de más o menos, sino que la cuestión es capital. No se entretiene como otras veces en desgajar algunas ramas del árbol frondoso y siempre fecundo del Catolicismo, sino que su intento es arrancarlo de cuajo, secando primeramente sus raíces. Ha visto el genio del mal que la Iglesia católica

... Como la ñudosa
Carrasca en alto risco desmochada
Con hacha poderosa,
Del ser despedazada
Del hierro torna rica y esforzada.
Querrás hundille, y crece
Mayor que de primero, y si porfía
La lucha, más florece,
Y firme al suelo envía
Al que por vencedor ya se tenía.

Por eso, repetimos, la impiedad ha puesto especial cuidado en secar las raíces del árbol frondoso de la Iglesia. ¿Cómo?

Privando a la Iglesia primero de sus rentas; luego, como consecuencia, de casas de educación y estudios, como son los Seminarios, y por fin, de poderse formar sacerdotes o ministros del Santuario. Porque sin estos auxiliares no se propaga ni conserva la fe, sin la cual es imposible exista la Iglesia de Jesucristo. De todas las persecuciones que la Iglesia ha sufrido esta es la más temible, y a no ser divina hubiera ya sucumbido a ella como en tiempos de Juliano el Apóstata, del que son aventajados discípulos los modernos perseguidores.

Cuando la Iglesia tenía copiosas rentas, los pobres eran los privilegiados; y no pocas veces se ha visto, hasta en nuestros días, ocupar las primeras dignidades de la Iglesia a los hijos del pueblo, de padres de la más humilde condición. Más hoy día, en que tanto se predica **todo para el pueblo, todo por el pueblo**, se le ha privado de este último recurso, cerrándole las puertas del Santuario, por haber despojado a la Iglesia de sus legítimos bienes, que en último resultado eran de los pobres, pues se empleaban en su subsistencia y educación. ¿Cuántas veces hemos oído a jóvenes de claro talento y de buena índole que al preguntarles si querían seguir una carrera, han respondido con dolor: *Yo bien quisiera ser sacerdote; pero no puedo, porque soy pobre y mis padres no pueden mantenerme doce o catorce años de estudios que se exigen para ser ministros del Señor?* Y a aquel joven no le queda otro recurso que el arado o el taller, sepultando los talentos que Dios le dio y que puesto en la cumbre del sacerdocio hubiese sido luz del mundo y sal de la tierra, una gloria tal vez de la Religión y de la patria. ¡Pobres jóvenes! ¿quién no se compadecerá de su suerte? ¿quién que tenga un poco de celo por la gloria de Dios no les alargará una mano caritativa? ¿quién que se interese por la Religión y por la patria, por la familia y por el individuo, no procurará con preferencia ayudarles?

Tengo para mí que en ninguna cosa puede y debe el celo cristiano gastar sus dineros y ocupar sus cuidados como en formar y cooperar a que se formen dignos ministros del Santuario. Ellos son los capitanes, como decía santa Teresa de Jesús, que animan a la gente flaca que son los fieles, y los guían con seguridad a la victoria, que sin ellos ¿qué sería del pueblo fiel? No hay tesoro más precioso, ni don de más valor y estima para los pueblos que un buen sacerdote; y Dios en su justo enojo no puede enviar mayor castigo a un pueblo, a una nación, que dándole malos sacerdotes, o privándole de los que son buenos.

¿Qué será la Europa cristiana el día en que el Señor le permita en su furor malos sacerdotes, o le retire los buenos? Mirad lo que es el Asia y el África hoy día, y lo que eran cuando brillaban en su seno los Agustinos, Ciprianos, Crisóstomos y Gregorios. Igual o peor suerte está reservada a la Europa que va odiando al sacerdocio de Cristo, porque es mayor su ingratitude.

¡Oh padres! temblad por vuestros hijos si la Revolución logra su fin de privar a la Iglesia de poder formar nuevos ministros que les muestren el camino de la virtud. ¡Oh madres! llorad sobre vuestras hijas, si no hay sacerdotes que les enseñen el temor e Dios. Los veréis ¡pobrecillos! (mejor les fuera no haber nacido) divagar por las calles y plazas, desfalleciendo de miseria y corrupción, por no haber quien les parta el pan de la divina palabra.

Y vosotros ¡oh ricos y poderosos del siglo! vosotros debéis con preferencia cooperar con vuestros haberes a tan santa obra. Ya que no enviáis vuestros hijos a la Iglesia para que esta los honre y sublime con la dignidad augusta del sacerdocio, dad a lo menos vuestros dineros y colocad un suplente en su lugar. ¿Veis ese joven pobre, hijo de uno de vuestros criados o aparceros, en cuya pupila bulle la llama del ingenio? ¿o al otro de una docilidad y dulzura que roba el corazón y que con su gracia y candor esparce cual flor silvestre los perfumes de la inocencia entre todos los de la familia de la que es el encanto y consuelo? Pues si con vuestros socorros no proveéis, esa luz del ingenio se extinguirá, esa flor marchitándose morirá; y ese joven que, educado en el seno de la Madre Iglesia, por ventura hubiese ascendido a las primeras dignidades de la Iglesia y del Estado, siendo un Jiménez, un Sixto, un Francisco Javier, será un pobre labrador o modesto artesano, que ninguna o escasísima influencia ejercerá en los destinos de la Iglesia y de la patria.

Por otra parte, bien sabéis, oh ricos y potentados del siglo, que quien mueve la tea del incendio o la mano del socialista es la perversa idea que se ha sembrado en aquella extraviada inteligencia. No se diría en verdad que el hombre es hijo de sus obras, si antes no lo fuera de sus ideas. Temblad, pues, por vuestras riquezas y propiedades si desaparece o no es oída la voz del sacerdote católico en el pueblo. Pronto la revolución como ministra vengadora de vuestra indiferencia os exigirá cuentas forzosas de vuestra criminal apatía o falta de celo por promover los intereses del sacerdocio, que al fin y al cabo son vuestros propios intereses. Cuando los hechos hablan muy alto, excusado es esforzar las razones.

Y sobre todos, vosotros, amantes teresianos, debéis cooperar a tan santa obra; ella debe ocupar preferentemente vuestra atención. Bien sabéis que el principal cuidado que preocupaba a vuestra querida anta era que hubiese buenos letrados, santos y sabios sacerdotes. Por ello ordenaba continuas oraciones a sus hijas; aquí iban sus lágrimas, sus penitencias, sus trabajos. Y estos deben ser principalmente los de todos sus devotos. Cuando veas, devoto de Teresa, en tu pueblo, villa, ciudad o cortijo algún jovencito dotado de alma buena, de talento, importuna al Señor luego diciéndole: "Mirad, Señor, que este jovencito es bueno para nuestro amigo y vuestro ministro". Y luego le estimulas a ser sacerdote, escribes al Seminario de la diócesis recomendándolo; y si tú eres pobre, unes a tu óbolo la limosna del rico, y procuras allegando recursos facilitarle la vocación. ¿Quién sabe si será un Francisco de Sales, o Vicente Ferrer, o Ignacio, o Francisco Javier, o un segundo Tomás, o Agustín? ¡Y qué de parabienes en la tierra y qué de gloria no recibirás en el cielo por ello!

Sobre todo vosotras, celosas amadoras de la gloria del Señor, las de levantados deseos que aspiráis a ser otras Teresas de Jesús sobre la tierra, en estos días en que va extinguiéndose la fe y el celo de la mayor gloria de Dios, trabajad por hacer que se multipliquen las vocaciones eclesiásticas facilitando recursos a los pobres estudiantes. Muchas ambicionáis como Teresa de Jesús la dicha y gloria de predicar, misionar y convertir almas a Dios, y os lamentáis al veros impedidas por ser mujeres y ruines. Pues, amigas mías, hoy os descubro un medio facilísimo de realizar vuestros deseos. Cuidad con vuestros consejos, con vuestros desvelos, de fomentar la vocación eclesiástica de algún jovencito, de facilitarle medios de seguir los estudios eclesiásticos, y todas las almas que convierta ese joven con sus sacrificios y sermones, con su palabra y su ejemplo, en principio serán vuestras. Vosotras predicaréis en él, y recogeréis inmenso premio en el cielo, cuando Jesús os diga: "Lo que hiciste por uno de

esos jovencitos, pobres estudiantes, a mí lo has hecho. Entra a gozar del premio eterno de la gloria". Manos, pues, a la obra, y al empezar el curso por septiembre vean todos los Seminarios de España aumentarse sus mermadas filas de soldados de Cristo, aspirantes al sacerdocio, merced a los cuidados y sacrificios de los celosos devotos de santa Teresa de Jesús.

Más ¿cómo lo haremos? me preguntarán.

Enviando el joven estudiante con la limosna que podáis mensual o por una vez, los de la diócesis de Tortosa a los Padres Mariano y García o Dr. Manuel Domingo y Sol, y los de toda España a sus propios Obispos, o a D. Tomás Sucona, catedrático del Seminario conciliar de Tarragona, donde hay establecido un Colegio central bajo la dirección de los misioneros de Pío IX.

Así daréis una prueba práctica de que os anima el celo por promover los intereses de Jesús de Teresa, así haréis un gran bien a la Iglesia y a la católica España, así demostraréis que tenéis celo por los que en mayor escala fomentan la mayor gloria de Dios.

E. DE O.

SECCIÓN HISTÓRICA

LA HERMANA CECILIA MARÍA DE LA CRUZ

(Continuación)

No es esto anunciar un juicio literario, al que no hay lugar ciertamente, tratándose de una sencilla y mortificada criatura, a quien la Regla y la Obediencia no trazaban el estudio ni la composición entre las distribuciones diarias. Propóngome solo hacer justicia a su bella capacidad escondida, menos por lo que hizo que por lo que pudo haber hecho. Y ni aún esto haría tal vez, si no lo creyese muy del caso para presentar en la humilde Hermana un reflejo de aquella que, siendo su Madre y su modelo en la santidad, la incomparable Teresa de Jesús, era también Doctora de la Iglesia y clásica escritora de nuestra patria.

Tenía, pues, la Hermana Cecilia, no obstante su nativa sencillez, entendimiento clarísimo y muy a propósito para penetrar con fruto en las más elevadas regiones de la Mística. Así que repasaba y saboreaba, con afecto de hija, los admirables escritos de santa Teresa, y, sin peligro de ningún género, los de san Juan de la Cruz, porque era tal la docilidad de alma de esta hija de la obediencia, lo mismo a su imaginación, que a su entendimiento, que a su voluntad. Y era por tal extremo vivo el gozo de su alma al escuchar la exposición de algún punto o idea de celestial doctrina, que no hallo cosa análoga a que compararlo, como no sea al júbilo de María, hermana de Marta, cuando embebecida, absorta, pendía de los labios de Jesús predicando en la aldea de Betania.

Leía mucho, y con singularísima afición, las obras del P. Faber, del Oratorio de San Felipe Neri de Londres; y me explico yo perfectamente esta predilección de la Hermana hacia el docto Filipense, en cuyas numerosas producciones encontraba recogido, como por abeja inteligente, lo mejor y más rico de nuestros clásicos ascéticos, avalorado, si cabe, por erudición brillante y sólida y por un sistema analítico y hasta de disección de ideas, muy del gusto y muy propio del genio de tan aprovechada lectora. Aún veo sobre mi mesa de estudio el tomo 2º del *Bethlehem*, con la pena de tener que colocarlo en su sitio, habiéndoseme devuelto por encargo de la Hermana, mediada apenas su lectura, que no pudo concluir a causa de los progresos de la enfermedad. Hallaba, sin embargo, Cecilia, por la condición de su espíritu pasto preferente para sus particulares meditaciones en la lectura diaria del P. Machault, de la Compañía de Jesús, en su excelente obra, tan poco conocida en España, *Le Trésor des grands biens de la Très-Sainte Eucharistie*, la cual leía en castellano y en alta voz a algunas de sus Hermanas, deseosa de que otros se aprovecharan de tan rico y verdadero tesoro.

La Hermana Cecilia escribía admirablemente en prosa, y también componía versos; más (cosa desusada y no vista entre los literatos del siglo) ¡escribía y componía para ella sola! Que, hecha excepción de las cartas edificativas que dirigía a sus parientes, no tengo yo noticia de que sus escritos saliesen jamás de torno a fuera, ni entre sus Hermanas pasó nunca plaza de escritora. Si se me pregunta por ende: ¿A qué escribía lo que nadie había de leer? Yo contesto sin titubear: Lo hacía con tan rara facilidad, y desde luego tan correctamente, que, si

hay personas de las cuales, por su palabra fácil, se dicen que piensan *hablando*, de la Hermana Cecilia hay que decir que pensaba *escribiendo*. Todos los escritos que desde su muerte poseo como preciosa herencia, están ejecutados no sólo con bellissimo carácter de letra inglesa, que imita a veces a la litografía y al grabado, sino con la soltura, buen estilo y atildamiento que, al notarse la falta de borrones y de enmiendas, cualquiera sospecharía si fue dado a la humilde Carmelita lo que se asegura del príncipe de nuestros ingenios, Cervantes: que no enmendaba jamás lo que una vez escribía. Esto por una parte, y por otra el deseo de tener siempre a la mano los medios de renovar en su alma las impresiones y los mismos afectos que la habían inspirado al escribir, eran, puede decirse en puridad, los únicos móviles de su pluma.

Ahora, como que no escribo una historia ni una vida, ni siquiera la biografía de la virtuosa Hermana, he de ser parco cuanto pueda en las citas y en los ejemplos, escogiendo con cuidado los que mejor revelen la piedad del corazón y los vuelos del espíritu. No será, empero, sin anticiparme a indicar, por no parecer luego omiso, que con las muchas cartas que conserva con religioso afecto la familia secular de esta religiosa, muy particularmente con la serie de *Propósitos* que escribía cada vez que tenía *Retiro* o hacia *Ejercicios espirituales*, y con otros escritos suyos análogos, podría reunirse abundante y sustanciosa materia para una *Colección ascética*, de utilidad general y también monástica.- Véase en lo que sigue una muestra entre mil de lo que la Hermana Cecilia se afanaba por su espiritual adelantamiento, no menos que de la claridad de su inteligencia y de la corrección de su estilo:

“Propósitos que he hecho hoy, día de Pentecostés.- 1869.

Todas las mañanas cuando me levanto, y antes de salir de la celda, me diré a mí misma: ¿A qué has venido a la Religión?- He venido a obedecer, a ser pobre, a vencerme, a mortificarme, y a morirme.

1º. ¿Y cómo has de obedecer?- Con una obediencia ciega, perfecta, y mirando en la Prelada al mismo Jesucristo; y por lo tanto obedeceré siempre con gusto, con alegría y sin réplica; y esto no sólo cuando lo que me manden sea de mi agrado, sino aunque me fuere difícil y repugnante, ejecutando lo mandado a la menor insinuación. Obedeceré igualmente a mi confesor y aún a todas las religiosas, en particular a mis compañeras en los oficios, siempre que no sea contra mandato superior.

2º. ¿Cómo has de ser pobre? – Careciendo, no sólo de lo superfluo, sino hasta de lo necesario, si se ofrece; alegrándome por imitar así a mi divino Esposo, que no tuvo ni donde reclinar su sacrosanta cabeza, sufriendo tales privaciones por mi amor.

3º. ¿Cómo has de vencerte? – Renunciando a mí misma, dominando mis pasiones, reprimiendo mis inclinaciones, no siguiendo en nada mis deseos naturales, para seguir en todo la voluntad de Dios; estando siempre pronta a emprenderlo todo, a sacrificarlo todo y a sufrirlo todo por la gloria de Dios y la santificación de mi alma. Procuraré vivir en un abandono absoluto a su divina Providencia, con entera conformidad en sus adorables designios, pronta en todos los instantes a morir como Jesucristo y como los Santos, en la cruz, mirándome como víctima sacrificada a su gloria e inmolada a su voluntad santísima.

4º. ¿Cómo has de mortificarte? – Teniendo un especial empeño en aprovecharme de todas las ocasiones que se me ofrezcan, por muy pequeñas o por muy grandes que sean, sufriendolo todo en silencio interior y exterior, con alegría, y dando gracias a Dios porque me proporciona tales sacrificios que hacer por su amor. Procuraré también sofocar al punto cualquier movimiento de impaciencia que llegue a sentir, diciéndome enseguida: ¿Así quieres imitar la mansedumbre de tu dulce Esposo Jesús? ¿Y no podrás sufrir esta pequeña contradicción o molestia que se te presenta, teniendo a la vista el divino modelo de Jesucristo, paciente y manso aún en medio de las mayores injurias y de los más atroces padecimientos?

Tendré siempre a la vista que lo que Nuestro Señor exige de mí es el *sacrificio de las cosas pequeñas*, queriendo Su Divina Majestad que gane otras tantas victorias cuantas sean las ocasiones que se me ofrezcan de consumir estos sacrificios. Y para que en modo más fácil logre practicar este propósito, procuraré cuanto esté de mi parte unirme a Dios íntimamente, conformando en un todo mi voluntad a la divina, y haciéndome como habituales, en todos los sucesos prósperos o adversos, estas palabras: “Dios lo ha dispuesto así; Dios lo quiere; Dios sabe lo que nos conviene; bendito sea su Nombre para siempre”, dándole gracias por todo.

5º. ¿Cómo has de morirte? – Al mundo, a todas las cosas y a mí misma. Del primero procuraré olvidarme de tal modo como si jamás hubiese vivido en él; y en cuanto a las demás cosas pondré un sumo cuidado en desasirme de todas, y de no pensar ni intervenir en nada de lo que no me pertenezca, estando enteramente muerta a todo lo que no sea Dios, en quien solo fijaré mi pensamiento, y para quien únicamente viviré en adelante. Tendré completa

indiferencia hacia mí, no buscando nunca gusto, ni comodidad, ni propia voluntad en lo criado, sino que negándome en todo a mí misma, trabajaré con todas mis fuerzas, ayudada de la gracia, en arrancar de mi corazón todas las afecciones, para que, desocupado y vacío, pueda entrar mi Jesús a reinar en él solo, que es el fin a que aspiro”.

ORACIÓN

“Vos, oh Jesús mío, a quien están manifiestos los más recónditos secretos, sabéis cuan sinceros son los deseos que acabo de exponer; por lo que os suplico os dignéis concederme tal virtud que no sea aparente ni sujeta a ilusiones, sino que sea verdadera, sólida y maciza, fundada en la humildad más profunda y en una caridad ardentísima, que jamás puedan derribarla las encrespadas olas de mis pasiones, que sin cesar la combaten; más permaneciendo siempre firme sobre tan seguros cimientos, vaya creciendo cada día de perfección en perfección hasta llegar a la eminente altura de la íntima unión con Vos, que se consuma después de esta vida en el cielo, donde os alabe, oh amado Esposo mío, por toda una eternidad. Amén”.

Medítese ahora este documento con memoria de la *Carta edificante* de la Rda. Prelada de Sevilla, y se verá claro, lo que yo veía siempre con gozo grande y mucha edificación de mi alma, que los propósitos de la Hermana Cecilia se cumplían a la letra, con puntualidad rigurosa. No agrego, pues, más comentario que las impresiones que despierte en el ánimo del lector el mencionado escrito, el cual se basta a sí mismo para su inteligencia y para su elogio. Y reservando para lugar oportuno otros, también en prosa, y a no dudarlo de más subida importancia espiritual y aún literaria, pongo por toda cita poética la siguiente composición en quintillas. Ella no basta ciertamente para acreditar el estro de profanos cantores, porque el Carmelo no puede ser el Parnaso; pero basta y sobra para demostrar que la humilde monja Carmelita, con más cultivo literario y buenos maestros en el arte, habría podido emular acaso las glorias de la monja Hrotsvitha¹, célebre en los fastos de la Poesía. Y aún creo yo hallar cierto aire de familia, guardadas las debidas distancias, entre los versos de la Hermana Cecilia y los de su Madre santa Teresa, quien, como todos sabemos, solía también mezclar graciosamente frases muy festivas y conceptos los más levantados.

+

A MI DULCÍSIMO ESPOSO JESÚS

Treinta y tres años cumplido
He, mi Dios: pero ¿qué he sido
Hasta venir a esta edad,
Sino ejemplo de maldad,
Para ser aborrecido?²
Muy perfecta quiero ser;
Que a edad perfecta he llegado,
Y no debo ya tener
Más gloria que padecer
Con Jesús crucificado.
Mundo y carne con su maña
No han de sacar ya partido:
Ni el demonio con su saña
Ha de sembrar la cizaña
En mi corazón herido.
Con fuerza he de resistir
La satánica fiereza;
Y tanto he de combatir,

¹ Religiosa alemana, en el siglo X, en la abadía de Gandersein; sus dramas latinos, compuestos en época tan difícil, pasan como prodigio más que como curiosidad literaria.

² Las almas justas alcanzan tanto en el conocimiento de la grandeza del Criador y de la miseria de la criatura que, a las veces, ponen hablando de sí frases de que se escandalizan los mundanos, porque no las entienden.

Que el tentador se ha de ir
Con la mano en la cabeza.
En mis votos de Obediencia,
De Pobreza y Castidad,
No tengas, Señor, clemencia;
Y ejecuta la sentencia
De "muerte o fidelidad".
Perdona, Jesús, perdona
Mi ingratitud harto cruel;
Y extiende a mí tu corona
De espinas, pues que blasona
Mi pecho de amante y fiel.
¡Amor, Jesús mío, amor!
Amor os pido rendida,
Sin querer otro favor
Que anegarme en el dolor
De tu Cruz, por mí sufrida.
Sin Vos, Señor, nada haré;
Que sin Vos ¿qué puede un alma?
Y con tu auxilio podré
De amor, esperanza y fe
Lograr la celeste palma.
Madre mía del Carmelo,
A tu Hijo has de rogar
Que me otorgue el gran consuelo,
Mientras no me lleva al cielo,
Ha haberlo siempre de amar.
Julio 10.

Si se pregunta ahora de nuevo en qué está la ganancia de los intereses de Dios en la muerte de la Hermana Cecilia, parece que el lector puede ya recibir sin extrañeza esta contestación: En la gloria que Dios tiene de ver cumplidos, día por día y hora por hora, sin obstáculo por parte de la libertad humana, antes bien correspondidos por la más sincera y pronta voluntad, los divinos decretos sobre la predestinación de tan venturosa criatura; a punto de que al ver consumada su obra en la Hermana Carmelita, como en la muerte de cualquier otro justo, ocurrese imaginar si la Trinidad excelsa habrá repetido con júbilo el aplauso que se dio al principio, cuando criaba todas las cosas: *Vidit Deus cuncta quae fecerat, et erant valde bona*. Que si el atributo de su bondad es lo que lleva a Dios a tener gloria en comunicarse a su criatura, nunca brilla mejor esa bondad ni crece tanto esa gloria como en el momento en que la criatura entra de improviso en el dichoso estado de *comprendora*, de poseedora de Dios, terminadas para siempre las penalidades de *viadora*. Y si cierto es que la gloria de Dios y los intereses de Dios ni ganan ni pierden, ni en modo humano están sujetos a mudanza, certísimo es también que de alguna manera habíamos de expresar que el acontecimiento de la muerte de un justo entra a la parte para dotar a Dios de su eterna e inmutable gloria. No es otro el concepto que daba a entender David, cuando cantaba inspiradamente lo que enuncié al comienzo y repito ahora por conclusión de este primer aspecto de mi trabajo: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus*.

(Se continuará)

¡CUÁN HERMOSA ERES, AMADA MÍA!

¿Visteis alguna vez, lectores queridos, en vuestros dulces ensueños a la amada de vuestra alma, santa Teresa de Jesús? ¿La habéis admirado en uno de los más deliciosos pasos de su vida que ella cuenta con inimitable candor y divina poesía? ¿No os habéis jamás parado y deleitado en contemplar a placer aquel paso tan sabroso en que un Serafín alado, más bello y divino que los de nuestro Murillo, le parte el corazón a nuestra Amada?... Pues ese es el cuadro que se descubre a vuestra vista asombrada al correrse doble puerta y cortina de

seda (todo poco para guardar tan precioso tesoro) después de haber penetrado en su graciosa ermita. ¡Qué hermosa es! ¡qué divina! he ahí la expresión que se escapa sin advertirlo de todos los labios de cuantos la contemplan. Hasta los ancianos respetables se extasían a su vista, y al apartarse de ella, después de haberles robado el corazón, les obliga a exclamar con el candor de un enamorado adolescente: “Adiós, Hermosa”.

¡Oh! ¡vedla, como el Ángel con fuerza y valentía embiste el corazón gigante de Teresa con larga y dorada saeta, como si temiera no poder domarlo sino haciendo un supremo y sobrehumano esfuerzo! En su rostro está retratado el esfuerzo y gozo de que está poseído al transverberar el corazón de Teresa de Jesús. Y Teresa de Jesús con este divino requiebro hállase tan endiosada, tan encendida, tan hermosa, que no os lo podéis figurar, lectores queridos, por más que se esfuerce vuestra imaginación creadora y ardiente.

¡Qué hermosa eres, amiga mía, amada mía, Teresa de Jesús, qué hermosa eres! Arrodillada a los pies de Jesús crucificado, apoyada sobre reclinatorio o mesa de estudio y oración, vese abismada en éxtasis suavísimo. Sus manos caídas por su propio peso, su corazón arrojando un Vesubio de llamas que hace brotar la saeta de oro del Serafín, y su rostro reverberando hermosura celestial. Sus mejillas de color de fuego, sus labios cinta de grana, su frente esclarecida con lumbre de gloria, sus ojos mirando al cielo clavados, con la vista espiritual, en el Amado de su alma; rodeala aureola de gloria y rayos de luz que la envía el Espíritu del Señor en medio de un cielo de Ángeles asombrados que no se cansan de admirar tan peregrino prodigio.

¡Cuánto daría mi alma por tenerte aquí, a la presencia de este cuadro de la Transverberación del corazón de santa Teresa de Jesús, a las almas jóvenes y apasionadas que se enamoran por las formas exteriores! ¡Cómo la vista de tan divina virgen les robaría el corazón, y obligaría a exclamar: “¡Qué hermosa eres, Teresa de Jesús! ¡qué hermosa eres!” Creo fundadamente que este ejemplar incendio de amor divino mitigaría no poco, y quizá extinguiría por completo, las llamas de amor profano o sensual que arde en sus pechos. Aquí sí que puede repetirse con exactitud: Verla, y no amarla a Teresa de Jesús, es imposible; tan encantadora está, lectores míos. ¿Por qué, pues, oh Dios mío, no das a conocer más y más a las almas apasionadas las celestiales gracias de tu hija Teresa? ¿Por qué, oh Jesús de mi alma, no descubres a todos los cristianos los tesoros de amor y de gracia que derramaste en tu agraciada esposa Teresa? Mira, bien mío, que los corazones no pueden vivir sin amar. Multiplica, pues, el conocimiento y devoción a Teresa de Jesús, añagaza de Dios, para que todos los corazones amen la virtud y piedad con sus gracias, el amor de Dios con sus encantos en todas las criaturas.

¡Si a lo menos a vosotros, amigos míos, amantes Teresianos, os fuese dado pasar conmigo algunos ratos a los pies del retrato de nuestra Amada, contemplándola a sabor en el silencio de la soledad, interrumpido, o mejor, acompañado tan solo por el triste gemir de la tortolilla, que parece lamentar la pena agudísima que en las entrañas de Teresa causa el Serafín! ¡Cómo exclamaríais con mis amigos de retiro: “Bueno es estarnos aquí, contemplando tan peregrina beldad”! ¡Cuán hermosa eres, amiga mía, amada mía! ¡cuán hermosa eres! ¡cuánto más te miro, más bellezas en ti descubro! Bueno es estarnos aquí.

Más ya que no puede ser, amigos míos, porque declina el sol y la noche se nos viene encima, y el camino que a esta soledad y ermita conduce no está para todos expedito, y la campana del convento nos llama a la oración, despedámonos de nuestra Amada, dejando con ella el corazón para volver otra vez a contemplarla repitiendo con dolor: “¡Adiós, hermosa Teresa, adiós; hasta otra vez! ¡ojalá luego te veamos en la gloria del cielo!”.

E.

SANTA TERESA DE JESÚS ⁽¹⁾

Et collocavit ante Paradisum voluptatis Cherubim et
flameum galdium ad custodiendam viam ligni vital.
(Génesis)

Desde son trono de gloria
lo bon Jesús vos ha vist;
com els dos d´amor ardíau,
com son els dos proa bonichs,

ab un cebell vos ha presa,
si en postres ulls s´ha ferir.
N´ha vist qu´anavau tan tendra
pe´ls africans a morir,

y per darvos mort mes dolsa
ja n'envia un Serafí;
la sageta n'es mòlt fina
tota us esbadella 'l pit.
Lo bon Jesús se'n hi baixa
com un rey á son jardí;
d'enamorat que n'estaba
la 'n festeja dia y nit,
parauletas que li'n deya;
- Dolceta Amor; ¿com te dius?
- Lo nom qu'á mi mes m'agrada
Teresa de Jesucrist.
- Jo 'm dich Jesús de Teresa,
Teresa, ¿Qué vols de mí?
- Voldria ser vostra esposa.
- Sias ma esposa gentil.
Li 'n dona un clan de sa dreita,
- Ma esposa, ¿vols mes de mí?
- Amarvos, Jesús, amarvos,
penar per Vos o morir.
- Teresa si, 'l cel no hi fora
per tu jo 'l faria aquí.
- Jesuset, si un cel teníau,
fèusen un altre en mon pit.
- Si vols que jo un cel m'en fassa,
una cosa te 'n vull dir :
no parlarás més ab homens
sino ab Angelets y ab mi.
Del cor hermos de Teresa
se 'n ha fèt un paradís,
hont riuhen fonts oloroses,
roses y lliris florits;
les roses son las cinch llagues,
les font ses llagues y pit,
y Ell que n'es l'Arbre de vida,
rumbeja fruyts d'or en mixts.
Tú que hi vetllas a la porta,
Serafí, bon Serafí,
no 't cal, no, apuntarli fletas
al cor que Dèu ha ferir.
Si aqueix paradís Ell vetlla,
no hi podrá la serp dormir:
¡la sageta de or que brandas
me la clavasses al pit!

JACINTO VERDAGUER, Pbro.

NOTA. Exa poesía es premiada ab medalla d'argent per una societat literaria de Barcelona.

(1) Traducción libre:

"Desde su trono de gloria os ha visto el buen Jesús, y como en su amor ardían vuestros hermosos ojos, quedose preso en ellos su corazón.

En temprana edad os vio correr al África buscando la muerte por su amor; mas dulce muerte quiere proporcionaros: un Serafín os envía, cuyo dardo agudísimo abre vuestro pecho.

Allá baja el buen Jesús como un rey a su jardín, allí son las dulces palabras y los amorosos coloquios: - ¿Cómo te llamas, mi amor?

- Teresa de Jesús, ese es el nombre que más me place.- Pues Jesús de Teresa quiero a mi vez llamarme yo.

- ¿Qué quieres, Teresa, de mí?- Quisiera ser vuestra esposa.- Séoslo.

De su mano derecha le da un clavo.- ¿Qué otra cosa quieres de mí, esposa mía?- Amaros, Jesús mío, amaros. Sufrir por Vos, o morir.

- Teresa, si otro cielo no hubiese, aquí vendría a hacerlo en tu corazón.- Si cielo tenéis ya en el cielo, oh buen Jesús, haceos aquí otro en mi corazón.

- Si quieres que en ti haga mi cielo, oye lo que a decirte voy: "Conmigo y con mis ángeles ha de ser tú única conversación.

Así del corazón amante de Teresa hizo Dios para sí nuevo paraíso; olorosas fuentes sonríen en él entre rosas y lirios floridos: son rosas las cinco llagas, son fuentes la sangre que brota de ellas y de su herido pecho. Y Él, que es el árbol de vida, ostenta en medio sus dorados frutos.

Tú, que a su puerta velas, Serafín, oh buen Serafín, no le hieras, no, de nuevo a ese corazón con tu flecha, que ya por su propia mano dejolo herido el mismo Dios.

No entrará, no, en él la venenosa serpiente, que en vela está Dios para guardar su bello paraíso. Esa enarbolada saeta clávala, ¡ay, sí! En mi pobre corazón"

UN DÍA MEMORABLE

Érase una mañana del caluroso julio, cuando al rayar el alba nos preparábamos algunos amigos para celebrar el día 15 consagrado a la heroína española Teresa de Jesús, con una solemne misa cantada en su pintoresca ermita donde se venera el precioso cuadro de que se os ha hablado en otro lugar. El día amaneció nublado, y al despedirnos de la puerta de nuestra amada casa de retiro, una lluvia inesperada vino a aguar un tanto nuestro gozo, pues los más miedosos daban por irrealizable nuestro ansiado proyecto.- Se cumplirán nuestros deseos, no lo dudéis, a pesar de todos los esfuerzos del infierno, repuso un corazón animoso; pues ¡no faltaba más que Teresa de Jesús no pudiese salir con la suya!

Y así fue por dicha nuestra: pues desde que la España católica gime bajo el yugo revolucionario, día más feliz y alegremente pasado no lo hallo en mi memoria.

Los más animosos se dirigieron allá los primeros, desafiando el viento y agua que arreciaba por momentos, y todos por fin sin aguardar que parase la lluvia nos echamos al campo ansiosos de ver y saludar a nuestra Amada que por nueve días nos robaba la atención dulcemente por algunos ratos todas las tardes, como término de paseo. Después de media hora de andar llegamos a la ermita de nuestra Santa, o como la llaman sus hijos, de la santa Madre. Desearéis saber algo de esta ermita tan distinguida, lectores queridos, y voy a complacer vuestro deseo, aunque para cumplidamente hacerlo menester sería otro pincel más diestro

que el mío. Figuraos, lectores queridos, a un fatigado viajero que andando por tierra de enemigos donde menudean los robos, los asesinatos, los encarcelamientos y los incendios, se extravía en áspero desierto, arenoso e inculto, y de repente se descubre a su turbado espíritu y cansado cuerpo un oasis que le ofrece lugar seguro, delicioso y amenísimo, donde se encuentra con hermanos queridos, con amigos sinceros y leales, como un padre cariñoso y tierno que le ofrece descanso, abrigo y comodidad.

¿Quién, amigos míos, no elevaría los ojos al cielo dando miles de gracias al hallar este lugar de regalo y de refugio? ¿Cómo no deshacerse en acción de gracias a tan insignes beneficios? Pues ese sentimiento experimenta al hallarse en estos días turbulentos entre los hijos de Teresa de Jesús el corazón que suspira y canta con el divino Fr. Luis de León:

Quiero vivir conmigo,
Gozar quiera del bien que debo al cielo
A solas, sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De odio, de esperanza, de recelo.

Y en España ¿existe todavía alguno de estos oasis? me preguntaréis asombrados. ¿Cómo he podido resistir las embestidas del mar airado?

Yo os lo diré, amigos míos. El Dios que ha dicho al mar: "Hasta aquí llegarás y no pasarás", ha dicho también al espíritu del mal que con la tea del incendio o la piqueta demoledora destruye miles de casa del Señor: "Basta, respeta este asilo de mi esposa Teresa". Y esto parece significar el mismo mar que tranquilo besa los pies del monte de este lugar sagrado, sin atreverse a llegar a él a invadir la tierra.

En este lugar privilegiado es donde se venera la agraciada pintura de la transverberación del corazón de santa Teresa de Jesús.

Rodeada de pinos por las espaldas y de un antiguo roble, tiene la ermita de nuestra Amada unos pinos que la recatan de las miradas de los curiosos por la parte del Sur, si bien descúbrense muy de lejos por otros lados este modesto ermitorio.

Semeja una blanca paloma de sonrosadas alas que huyendo del bullicio del mundo ha ido a descansar en la soledad, a la vista de la mar que se extiende a sus pies, como plateada alfombra. Circúyela por la parte de delante una cerca no muy elevada que ofrece descanso al viajero fatigado. Mas, no nos paremos, y penetremos con la comitiva dentro de la ermita, que aún menudea la lluvia. Hallase ésta dividida en cuatro partes iguales. La primera, que es la entrada; otra el lugar de descanso para el anacoreta; la contigua a ésta donde encendía la lumbre, y finalmente, la que sirve de oratorio; en la primera estación hay muchísimos versos glosando el lema célebre de nuestra Santa que se lee en el dintel de la puerta. Si no temiera alargar demasiado este artículo y cansar la paciencia de los lectores, los copiaría uno a uno; más no quiero hoy. Quizás otro día podré hacerlo sin cansaros.

En este oratorio, no muy capaz, hay dos altares pequeños, en los que puede celebrarse el sacrificio de la Misa: el uno está dedicado al compañero de glorias y de penas de nuestra Santa, el extático san Juan de la Cruz, elevado en éxtasis con una cruz en la mano derecha, y en la otra un águila, símbolo de la alteza de su contemplación; nubes de perfumado incienso se exhalan de un pebetero de oro colocado a sus pies... Más dejemos para otro día a nuestro querido san Juan para fijar hoy toda nuestra atención en nuestra querida Santa, objeto de la visita. No lo llevará a mal el bendito Santo, perfecto amator de la abnegación y sacrificio. Encontramos celebrando misa en el altar de la Santa a un respetable sacerdote y enamorado de la Santa que se afana en hacerla conocer y amar. La Santa agradecida se lo recompensa y a todos los que le prestan iguales servicios.

Concluida esta primera misa, empezó la misa cantada con música. ¿Con música en un desierto y soledad? exclamaréis vosotros. ¿Cómo puede ser? - Os lo diré, amigos míos. ¡Oh lo que puede el entusiasmo! Hay un armonium en la casa, bastante regular, y un amante de la Santa pensó en la oportunidad de trasladarlo a la ermita; otro se ofreció a llevarlo allá, y veos aquí improvisada una

orquesta en la soledad, no sin algunos sacrificios. Era de ver al tío Vicente desafiando la lluvia y al viento cargado con la pesada cruz andar con paso ligero a depositarla a los pies de su Amada que sabía era muy aficionada al canto. ¡Cuán bien dijo san Agustín, que donde hay amor no hay trabajo!

Empezó, pues, la misa, que merced a ser día *semidoble* pudo ser de la propia de santa Teresa de Jesús. Pero ¡qué misa, santos cielos! de las más devotas y modestamente solemnes que he celebrado en mi vida. El *introito* fue solemne, lo mismo que el canto, acompañando o alternando el armonium. ¡Cuánto hizo sentir a nuestro corazón, qué bien hizo a nuestra alma el canto del *prefacio*, propio de la Santa, en el que la Iglesia recuerda cómo fue desposada con Jesús la seráfica virgen, transverberado su corazón por un Ángel y subirse al cielo su espíritu en forma de cándida paloma! ¡Y esto recordarlo en aquel momento solemne del tremendo sacrificio, en medio de deliciosa soledad, a vista del mar, en presencia de los Ángeles y de los hombres, delante del cuadro más bello que hemos admirado de la Transverberación del Corazón de santa Teresa de Jesús!... ¡Y esto en paz inalterable y no turbado sosiego cuando el resto de España hierve en guerra fratricida! Un *Salutaris hostia* en la elevación cantada a tres voces hizo un efecto admirable en aquella deliciosa soledad. Las melodías suavísimas del armonium hacían eco por los valles y montes vecinos perdiéndose en el no muy lejano mar. Los pajarillos, sobresaliendo el verderón y el jilguero, armonizaban estas melodías con su no interrumpido canto. El viento, que cesada la lluvia había templado su fiereza, pasaba meciendo suavemente los pinos y arbustos para que acompañasen a los cantores en esta fiesta llevando el compás. Hasta la tortolilla hizo oír por breves instantes un quejumbroso gemido para dar un tinte de melancólica grandeza al cuadro religioso que nos ocupa. Al volverme por cantar el *Dominus vobiscum*, apréciame que la inmensidad del mar repetía elevando su voz: “Y con tu espíritu”.

Aún para su oratorio ha elegido después que dejó este miserable mundo un lugar donde contentar su gusto la amante Teresa, pues, como afirma, gustaba en vida de ver campos, agua, flores, porque en estas cosas hallaba recuerdo del Criador.

Concluida la misa con un himno al inmortal Pío IX, empezó la última rezada, durante la cual se hizo el ejercicio del día 15 con acompañamiento de armonium. ¡Qué bien se pasaban meditando a la presencia de la bella pintura de Teresa de Jesús y de Jesús sacramentado los momentos! Deslizábanse sin sentir, y si a nuestra Santa daba placer oír el reloj porque le parecía que se acercaba un poquito más para ver a Dios, nosotros acusábamos al tiempo porque corría demasiado aprisa, robándonos estos momentos deliciosos. ¡Qué bien hacía al corazón el recuerdo de la pureza y castidad virginal de Teresa de Jesús en aquel recinto de pureza, alejado de la corrupción del siglo, que no ha podido penetrar allí! ¡Con qué fervor los circunstantes hacían resonar a los oídos de Jesús de Teresa después de la consagración los acentos y oraciones que exhala en su inimitable oración: ¡Padre Santo que estás en los cielos, etc! ¡Cómo convida a orar y pedir por su pobre España, por Pío IX, por la Iglesia! pues estos fueron los objetos por quienes oramos.

Y por nosotros ¿no pediste en tan propicia ocasión? paréceme oír a algunos de mis buenos amigos. Sí, queridos míos: todos los devotos teresianos, los lectores de la *Revista* y en especial las hijas de Teresa de Jesús ocupasteis preferente lugar. A Jesús de Teresa os recomendé, a Él os presenté que lee en los corazones y conoce bien las necesidades de cada uno, y le pedí por María, por José y su Teresa hiera vuestro corazón como hirió el de su Amada, y nos lo abrase en llamas tan vivas de amor divino que sean bastantes a abrasar el mundo en el amor de Jesús y de su Teresa. ¿Os gusta la petición? pedí al Serafín que no hiriese más a su Amada y que dirigiese sus tiros a tantos corazones rebeldes a las caricias del divino Jesús; pedí por las hijas de Teresa de Jesús, ese nuevo rebaño de la Virgen inmaculada que bajo la protección de la bella zagala Teresa está destinado a regenerar el mundo, si es fiel a los designios que Dios tiene sobre él. Los ecos de la plegaria de las Hijas de María y Teresa de Jesús, poesía de la modesta joven D^a Victoria Rovira, Hermana mayor de la Asociación teresiana de Tortosa, y música del aventajado compositor D. Cándido Candi, fueron las

últimas plegarias que a Teresa de Jesús y a Jesús de Teresa se dirigieron en aquel memorable y venturoso día.- A. C.

CAPILLA DE LA TRANSVERBERACIÓN DE SANTA TERESA DE JESÚS EN ÁVILA

Cuando todo el mundo católico demuestra admiración y cariño a la predilecta esposa de Jesús, Teresa, deseando conocer cuanto a tan grande Santa se refiere, no es justo que Ávila, la más interesada en sus glorias, la más favorecida del cielo por haber sido la madre de tan insigne virgen, aparezca como que nada tiene que decir en las columnas de la *Revista*, siendo así que su suelo fue santificado con las plantas de tan dichosa criatura; sus templos en donde tantas veces se uniera con su Dios, son los mismos, como lo son los conventos que la albergaron, las celdas que habitó y donde los Ángeles con admiración presenciaron los altísimos favores que su Amado la hiciera, y a los que correspondió con los incendios de su agradecidísimo corazón.

Por lo tanto, por no parecer ingratos a la que tanto debemos como paisana y protectora nuestra, accediendo además a los vivos deseos del digno director de la *Revista Teresiana*, cogemos la pluma bajo la impresión de nuestra insuficiencia, para decir algo en su obsequio, mientras no haya quien lo haga con mejor acierto.

Por más que en un pequeña obra³ que hace cuatro años dimos a luz recogimos ex profeso todos los datos que pudimos para dar a conocer las huellas que nos dejó en su tránsito por este suelo la Heroína avileña, como este libro apenas se conoce fuera de los límites de esta provincia, a no ser algunos ejemplares que con piadosa avidez han tomado varios extranjeros de los que suelen venir a esta capital para visitar sus templos; sin embargo, para satisfacer la curiosidad y devoción de los lectores de la *Revista* que quieran conocer los lugares que santificó, vamos a dedicar algunas líneas, no para detallar todos los sitios que recuerdan su estancia en su amada patria, cuales son entre otros su casa natalicia, hoy su principal templo; el convento de Santa María de Gracia, donde se educó; el de Religiosas de la Encarnación, donde tomó el hábito, donde tantos años vivió y durante los que se multiplicaron los prodigios de su admirable vida; el primer convento de Carmelitas descalzas que fundó, y los no menos gloriosos en otros lugares de que no entraremos en detalles, puesto que se hallan referidos en la obrita antes citada, donde remitimos al lector; únicamente, y ya que la *Revista* viene ocupándose en primer término de dar a conocer los prodigios que aún se observan en el corazón apagado de Teresa de Jesús en Alba, queremos detallar los sitios donde, estando vivo y ardiente en Ávila, se repitió el prodigio de su transverberación, limitándonos a la santa capilla que en el convento de la Encarnación existe en el mismo sitio donde estaba una de las celdas que por muchos años ocupó, y cuyas particularidades reproduciremos para consuelo de cuántos se precian de amantes de Teresa.

Celdas de la Santa.- Son dos las que habitó, ya como simple religiosa, y ya como prelada: la una conserva hoy día la forma que tenía entonces, aunque convertida en una capillita que las monjas titulan el *maravedí*. Se halla dividida en dos partes por medio de un altar en que está representado el prodigio del dardo. En la parte más interior, y en la que apenas penetra persona alguna que no sea de mucha excepción, se ve todavía el pavimento enrojecido con la sangre de esta gran Santa, conservándose algunas gotas tan vivas como si hiciera poco que se hubiesen derramado, causadas por la transverberación de su abrasado corazón, o por sus acerbísimas penitencias. En esta capilla se nota constantemente un olor indefinible, el que aumenta en algunas ocasiones de tal manera, que extendiéndose por todo el convento, a la vez que llena de consuelo y devoción a

³ Recuerdos históricos de Ávila y de su insigne hija santa Teresa de Jesús.

las Religiosas (que creen tener presente a su santa Madre, y de la que se despiden todas las noches antes de acostarse), cualquiera otra persona que lo advierte, no puede menos de confesar que aquello es sobrenatural y extraordinario. Esta fragancia se observa además en cuantas cosas estuvieron al uso de la Santa, y especialmente en todos sus escritos, que no hay más que aplicarlos al olfato para advertirlo, cosa que comprobada con las de san Pedro de Alcántara, san Juan de la Cruz, san Ignacio de Loyola y otros Santos de su tiempo, en ninguno se observa tan singular prodigio.

El señor Obispo de Tarazona, que la confesó y trató, advertía que al hablar la Santa exhalaba una fragancia tan admirable, que llegó al pronto a sospechar tomaría alguna cosa que la produjese, hasta que se desengañó, pues la venerable Ana de San Bartolomé, que la ayudaba a vestir al estar manca de un brazo, le dijo que ella sentía el mismo suave olor cuando tenía precisión de servirla, el cual se comunicaba a las ropas y objetos que usaba.

Referiremos el siguiente hecho cuya memoria se conserva en las crónicas del convento: "Una vez de las que por el Serafín fue herido su amoroso pecho, siendo priora, en un aposento de la celda prioral, dormía en otro sobre aquel, la venerable Ana María de Jesús, su tiernísima hija, la que oyendo gemidos, bajó a ver si quería algo, a lo que ella la dijo: *Váyase mi hija, y tal la suceda*. A poco rato, abrasándose en fuego divino también el cuerpo, la llamó para que la quitase el pelo, y estándoselo cortando, pensaba entre sí la Religiosa el guardarlo para reliquia de su querida Madre; pero la Santa, entendiendo lo que dentro de sí discurría su hija, la dijo: *¿Para qué piensa boberías? mire que la mando que lo eche en el muladar*; obediencia que decía la Sierva de Dios la hubiera costado terrible dolor de su corazón".

Capilla de santa Teresa.- La otra celda en que pasó la mayor parte de su vida, ejecutó sus más rigurosas penitencias, y recibió tantas mercedes del cielo, fue en la que hoy es su capilla, cuya obra fue empezada en el año de 1628 por el ilustrísimo obispo de Ávila D. Pedro Cifuentes y Loarte, el que habiendo fallecido a poco de ser comenzada la obra, quedó ésta interrumpida, y después de muchos años, estando barriéndola una criada del convento, sin saber ni ver quién lo decía, oyó estas palabras: *La tierra que pisas es santa*. Comunicó el suceso a las Religiosas, por quienes, comprendiendo era la voluntad del cielo, fue continuada y concluida con limosnas ofrecidas por varios sujetos de la población. En un principio tuvo un solo altar con cuatro caras, en medio de la capilla, donde hoy se conserva una gran piedra cuadrada, como planta de dicho altar, trabajado con las maderas de la celda; pero concluidas que fueron más adelante las bóvedas, se colocaron los retablos que existen, pudiendo decirse que hasta el año de 1868 no se terminó definitivamente la obra de la techumbre de la capilla, la cual amenazaba una inminente ruina, por tener varias maderas de su armadura muy deterioradas, quedando ya completamente segura, debido a la solicitud de nuestra última soberana, que al hacérselo las Religiosas presente cuando visitó el convento, dispuso inmediatamente su reparación, ascendiendo su importe a la suma de dos mil quinientos escudos.

A lo dicho debemos añadir que, de cuatro años a esta parte, el culto en la enunciada capilla, antes casi siempre cerrada, ha llegado a ser el objeto preferente de cuantos visitan la Encarnación, donde aquella se halla, debido principalmente al celo y amor a la Santa de sus actuales capellanes, los que no han perdonado medio para decorar tan hermosa capilla, celebrándose en ella el solemnísimos novenario de la Transverberación, y otras funciones guante el año que la hacen uno de los sitios de más devoción que en Ávila se encuentran. En el centro de la capilla, en la gran piedra cuadrada de que hemos hecho mención, se ha esculpido en grandes caracteres la siguiente inscripción: *La tierra que pisas es santa (palabras oídas en la edificación de esta capilla, que dio principio en 1628)*. Por más que se alfombró en las funciones el suelo de la misma, se deja siempre sin cubrir dicha inscripción, que recuerda la santidad de un sitio a donde no sólo tantas veces los Serafines descendieron a herir el corazón abrasado de la Santa, sino en el que el mismo Jesús quiso, ya como afligido, ya como glorificado, honrar con sus visitas a la que tanto ama.- Para concluir de hacer el elogio de esta santa

capilla, trasladamos a continuación el contenido de una inscripción que se halla en un cuadradito que existe debajo de un retrato del corazón de la Santa, que dice así: *Su Santidad el papa Pío IX, por breve apostólico de 15 de noviembre de 1867, concedió con privilegio perpetuo indulgencia plenaria a favor del ánima del purgatorio por quien se aplique el santo sacrificio de la misa en el altar principal de esta capilla de la Transverberación, donde estuvo la celda de santa Teresa de Jesús.* En dicho breve se encomia la santidad y excelencia de este lugar, que no cede sino al que en Alba conserva su corazón seráfico. Debemos consignar, por fin, que la reja que era de la celda que ocupa esta capilla, se halla colocada sobre la puerta de su entrada, la que está dorada y hay pintados ángeles que a su alrededor la guarnecen, en además de sostenerla.

Creemos haber satisfecho en lo posible los deseos de quien se interesa en conocer el sitio, tal vez el de más justa devoción que sobre la tierra existe, referente a nuestra amada compatriota santa Teresa de Jesús.

B. G.

UNA EMPRESA RELIGIOSA

Ocho días permanecieron en el convento de Carmelitas descalzas de Santa Teresa de nuestra ciudad condal cuatro ejemplares religiosas de la misma Orden de un convento de Cuenca, que con la autorización de nuestro santísimo Padre el gran Pío IX, concedida a solicitud del venerable señor Obispo de Buenos Aires, y la bendición de su sabio y virtuoso Prelado diocesano, se han dirigido a la capital de la república Argentina en la América meridional, acompañadas de dos respetables sacerdotes. Van allí bajo la protección y apoyo de aquel Gobierno republicano, que les costea los gastos de la navegación, a fundar un convento de la reforma de la Ilustre Doctora, gloria de nuestra España, santa Teresa: convento que con la aprobación y aplauso de las autoridades eclesiásticas y civiles ha levantado en terreno propio y espacioso y preparado convenientemente a sus expensas la opulenta vecina de dicha ciudad de Buenos Aires, D^a Isidoro Pone de León.

Creemos servirá de edificación a nuestros lectores la lectura del siguiente escrito que con motivo del viaje de aquellas buenas religiosas nos ha remitido para su inserción una Hermana suya en Jesús de Teresa, del convento de esta ciudad de Barcelona:

Señor Director de la *Revista Teresiana*.

Muy señor mío, de toda veneración y respeto:... En la ciudad de Buenos Aires una señora llamada D^a Isidora Ponce de León, deseosa de que se haga una fundación de nuestra santa Madre, ha dado dos millones para la obra de un convento. Esta señora habló al señor Obispo de aquella diócesis, y su Ilustrísima escribió al señor Obispo de Cuenca pidiendo cuatro religiosas para la fundación, y el señor Obispo lo hizo presente a las religiosas de esta última ciudad, y se ofrecieron tres y una de San Clemente del mismo obispado. Vino un sacerdote a buscarlas desde Buenos Aires, pasó por Roma, y el Santo Padre se alegró mucho, y les dio su santa bendición.

Arregladas todas las cosas, salieron las cuatro religiosas de su amado convento dejando a sus hermanas llenas de dolor y sentimiento. El día que tuvieron de salir, la Madre priora hizo junta toda la Comunidad en la sala del Capítulo: allí les hizo una tierna exhortación, y las cuatro fundadoras se despidieron abrazándolas a todas, las que correspondían con grande llanto sin poderse desprender de ellas. Después, con capas y velas las acompañaron a la puerta reglar: allí se postraron, y la prelada les dio su bendición sumamente conmovida. Sus padres y parientes las aguardaban fuera de la portería. No se puede explicar el llanto y pena de aquellos señores, que decían: "Nunca más os veremos, hijas mías". "Adiós para siempre", decían ellas, lo que fue un acto tan tierno que parece se rompían los corazones. Entraron en la iglesia: allí se despidieron de Jesús sacramentado postrándose a su presencia pidiendo valor y

fuerzas para romper con todos los obstáculos y abrazar con valor todos los sacrificios que tuviesen que pasar; y le ofrecieron sus propias vidas para que se dignase enviar pronto un remedio a tantos males y el triunfo de la Iglesia.

Subieron en el coche, y pasaron por delante de palacio, donde el señor Obispo estaba en el balcón para darles la santa bendición, y dijo a los dos sacerdotes que las acompañaban: "Cuidad de estas mis hijas, que son las niñas de mis ojos". Ellas iban vestidas de monjas, y al subir y bajar del carruaje se echaban los velos a la cara: nadie las insultó, sino que fueron muy respetadas. Al llegar a Madrid fueron hospedadas en el Noviciado de las Hermanas Paulas. Por una mala inteligencia dicen que no fue posible hospedarse en el convento de nuestras monjas Descalzas, y también porque están tres Comunidades juntas. En Madrid estuvieron cuatro días y muy obsequiadas de muchísimas personas que las visitaron. El día 30 de mayo tuvimos un aviso por el telégrafo que aquel día llegarían a ésta. Fue su llegada a las nueve y media de la noche. Al bajar del ferrocarril se echaron los velos, pero a pesar de la muchísima gente que allí había nadie les dijo una palabra. Nosotras, toda la Comunidad, las aguardábamos a la puerta reglar para recibirlas. Llegó el coche, abrimos la puerta y las abrazamos más con el corazón que con los brazos. Como estaban tan atropelladas y un poco mareadas del camino, no quisieron hacer otra cosa ni tomar nada, sino echarse a la cama, que ya les teníamos preparada. Se levantaron a las cuatro y media para oír la misa con nosotras y recibir el Señor sacramentado, Pan del cielo que tanto refrigerio da a las almas. No puede V. figurarse el consuelo que todas teníamos en aquella ocasión; nos parecía que nuestra santa Madre estaba en medio de nosotras en aquel recinto del coro animando a aquellas almas que tanto sacrificio hacían por su gloria; no podía menos que enternecer nuestros corazones.

Ocho días han permanecido en este convento, mientras aguardaban que llegase el vapor *Platense* para embarcarse. Vino ya la prelada elegida para aquella nueva fundación, que era una de las cuatro. Todas muy buenas y grandes almas escogidas de Dios y de nuestra santa Madre para emprender una obra tan grande que llevará frutos copiosos, pues confiamos que serán muchas las fundaciones que se harán en aquellas tierras. Ocho jóvenes y la señora fundadora son las que están aguardándolas para que les den el santo hábito. Dichas religiosas están muy instruidas de canto y de música, particularmente una que tocaba el armonium, que nosotras le proporcionamos, muy bien, y era la organista del convento de Cuenca, y todas tres tienen muy buenas voces. Cuando cantaban parecían unos ángeles; en la hora de recreación nos divertíamos, ellas tocando y cantando coplillas a nuestra santa Madre y al sagrado Corazón de Jesús. Tan contentas estaban ellas con nosotras y nosotras con ellas, que parecía toda la vida habíamos vivido juntas. El día 7 del siguiente abril fue la marcha a las seis de la mañana; ya puede pensar V. cual fue el despido: parecía que nos sabíamos dejar... Muy bien se cumple lo que dice nuestra santa Madre, "que todas sus hijas no deben ser más que una, unidas en amor y caridad", y por esto una de ellas, cuando puso los pies dentro del convento, dijo: "Gracias a Dios que ya estamos en casa...". Subieron al coche, y como iban acompañadas siempre de los dos sacerdotes, nosotras también mandamos para encargarlas al capitán del vapor, el cual respondió que ya estaban recomendadas del Gobierno de la república Argentina, y que esto bastaba.

Fueron muy bien recibidas en el vapor, a pesar de que no se quitaron los hábitos. ¡Dios les dé un buen viaje!, y nuestra santa Madre las acompañe con nuestro Padre san José, que no dudo lo hacen, y nosotras quedamos rogando por ellas con una santa envidia de su suerte. Nos escribieron de Gibraltar, diciendo que habían hallado un capitán tan piadoso que les había arreglado un altar con un hermoso cuadro de Nuestra Señora del armen, y que todos los días les decían misa y comulgaban.

Deseo se mantenga V. Bueno y me encomiende a sus oraciones, deseándole la paz de Cristo.

Una religiosa del convento de Santa Teresa de esta ciudad.

¡Bien para esas animosas vírgenes, que en obsequio de Dios y de sus semejantes, cuando sus ojos brillan aún con el fuego de la juventud, voluntaria y perpetuamente se destierran de su hermosa patria, del suelo que las vio nacer, sembrado de los dulces recuerdos de su familia y de toda su vida; se separan de sus queridas hermanas religiosas, y dejan el amado claustro en que se desposaron con Dios por su solemne profesión, para ir atravesando mares y arrojando gravísimos peligros a plantear en el Mediodía de América su santo Instituto, llamado sin duda por la divina Providencia a producir allí óptimos y preciosos frutos de virtudes cristianas, sin aspirar a otra recompensa, en el tiempo, por su abnegación y sus grandes sacrificios, que vivir en gracia del Señor, y morir en su amoroso ósculo!

¡Bien para el Gobierno de la república Argentina, que no excluye de las libertades republicanas la de hacer bien, ni de los derechos individuales el de vivir en el retiro, en la oración, en la inocencia; ni abriga las injustificadas preocupaciones de otros gobernantes contra el Catolicismo y sus institutos; ni abusa de la autoridad, o de la fuerza pública, contra virtuosas e inofensivas señoras; ni lanza a las religiosas de sus asilos, sino que al contrario, facilita y promueve el planteamiento de éstos, y los protege, ampara y garantiza en su territorio!

¡Bien para la misma república, y especialmente para su capital, que en virtud de la solidaridad que quiso Jesucristo hubiese entre los miembros de su cuerpo místico, o de su Iglesia, pueden esperar fundadamente de la misericordia divina mayor abundancia de gracias y beneficios, y hasta de prosperidad y felicidad temporal, en consideración a las oraciones, virtudes y méritos de esos ángeles en carne que van a domiciliarse en su seno!

¡El Señor escuche los votos de sus amadas Hijas, y les infunda bríos siempre crecientes para consagrarse a su servicio, y sea todo para su mayor gloria!

REVISTA EXTRANJERA

Alemania.- Como no ignorarán nuestros lectores, el célebre ministro del rey de Prusia, Mr. Bismark, ha estado a punto de ser alevosamente asesinado. Un hijo del pueblo, un obrero, lo esperó en un punto por el cual sabía que había de pasar, y al verle, le disparó su revolver, hiriéndole levemente en el brazo. Este es el hecho. Las consecuencias que de él se han querido deducir son horribles.

Desde luego se mostró formal y decidido empeño en hacer creer que el atentado era consecuencia de un complot urdido por el partido católico. Al intento, se hizo circular por todas partes la especie de que el asesino era ferviente católico y de que tenía muchos y poderosos cómplices en el seno del Catolicismo. Para que este rumor se hiciese más creíble, se supuso que el asesino era miembro de la asociación de obreros católicos, y estaba en muy estrechas relaciones con sacerdotes, diputados y periodistas católicos. Esto no obstante, como la verdad concluye siempre por triunfar, se ha demostrado hasta la evidencia:

1º. Que el asesino, aunque sea hijo de padres católicos, vivía separado de ellos, y portándose más bien como indiferentista que como católico.

2º. Que no tiene ni había tenido relaciones de ningún género con los personajes católicos a quienes se le suponía ligado.

3º. Que no había pertenecido ni pertenecía a la asociación de obreros católicos.

4º. Que no hay dato ninguno, absolutamente ninguno, que autorice para suponer ni aún para sospechar que hay católicos complicados en la tentativa de asesinato contra el primer Ministro del emperador Guillermo.

Agréguese a esto la circunstancia, harto notable por cierto, de que los católicos todos, sin vacilación ni reservas de ningún género, han declarado que

condenan y rechazan el crimen, y que jamás han considerado ni considerarán el asesinato como medio legítimo de triunfo.

El resultado de la causa con tanta pasión incoada y con tanta precipitación seguida, y esta declaración, han hecho ver a todo el mundo que la Iglesia católica no tiene parte ninguna en la tentativa criminal que con tanto horror rechazan todos los católicos. El regicidio y el asesinato político son y han sido aprobados por los enemigos de la Iglesia; pero siempre han sido y serán reprobados por el Catolicismo.

Francia.- Se acaba de colocar en Lourdes la primera piedra del convento de Carmelitas. Este Carmelo está admirablemente situado frente a frente de la gruta de María inmaculada, y en una eminencia que domina la pradera donde se encontraba Bernardita en la tarde de la fiesta del Carmen, el 16 de julio de 1858. En aquel día se había prohibido por la autoridad a todo el mundo aproximarse a la gruta. La joven, impulsada por una secreta inspiración, siguió con un impulso sobrenatural por las praderas a orilla del Gave, y se detuvo en frente de la gruta; de repente todo desaparece de sus ojos, no ve más que la **hermosa Señora**, más amable y más radiante que nunca. En memoria de esta última aparición, y para perpetuar su reconocimiento, piadosos cristianos han tenido la santa idea de fundar el monasterio de la Orden del monte Carmelo en la prominencia de que acabamos de hablar.

- Los Hermanos de las Escuelas cristianas acaban de dar una nueva prueba de la superioridad de su enseñanza. De 185 plazas gratuitas de externos concedidas a las escuelas municipales de París y sacadas a concurso, los Hermanos de las Escuelas cristianas han alcanzado 137, y las escuelas laicas, a pesar de que son muchas más, sólo han alcanzado 48.

- El Arzobispo de París ha publicado una pastoral en la que con motivo de su último viaje a Roma censura al Gobierno italiano por su indigno proceder contra la Santa Sede.

No deja de ser significativo y ha dado lugar a muchos comentarios la siguiente nota del **Diario oficial** de la nación vecina cabalmente cuando ya habían transcurrido cuatro semanas de la publicación de dicha pastoral:

“Los periódicos se ocupan hace algunos días de la carta-pastoral que Su Eminencia el Cardenal-arzobispo de París ha dirigido al clero y fieles de su diócesis.

El Gobierno ha visto con sentimiento la publicación de esta carta.

Sería de desear que los periódicos dejaran de hacerla objeto de sus polémicas”.

Difícilmente puede uno explicarse por qué el Gobierno francés ha podido ver con sentimiento la publicación de un escrito episcopal que es el uso regular de un derecho incontestable, y que se limita a hacer constar la dolorosa situación a que ha reducido al Papa la invasión italiana, dando a dicha invasión el carácter que le ha sido siempre atribuido.

A bien que, según voz autorizada, la nota anterior no ha sido espontánea por parte del Gobierno francés, que ha juzgado prudente atender a las reclamaciones del caballero Nigra, representante italiano.

Es soberanamente ridículo por otra parte el exceso de furor a que se han entregado los regeneradores de Italia al eco de la voz de un obispo católico descubriendo ruindades de nadie ignoradas; y sin duda como un nuevo ejemplo de tolerancia que muestra bien a las claras como tantos otros lo que verdaderamente significa para ellos el tan decantado principio de la *Iglesia libre en el Estado libre*, todos los periódicos franceses o italianos que han copiado la pastoral de Mons. Guibert han sido secuestrados en Roma y en las demás provincias italianas.

GRACIAS

Que se piden a santa Teresa de Jesús, y se recomiendan a las oraciones de sus devotos.

La paz de España y la libertad de Pío IX.- La conversión y cristiana muerte de dos personas.- La Asociación de jóvenes católicas de santa Teresa.- La restauración de las Órdenes religiosas en España.- El amor de Dios para todos los cristianos.- El celo por la honra de Jesús de Teresa para todos sus devotos.- La unión y concordia de todos los buenos.- Que Dios suscite grandes almas como en el siglo de Teresa.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICE
CAUTIVO Y POBRE

	Suma anterior	Rs.
2,027'60		
Barcelona.- Federico Miracle: Santa Teresa de Jesús, rogado por nosotros y por el atribulado Pontífice		4
Barberá.- Teresa Plá: Santa María, alcanzad la libertad de Pío IX y a mí el amaro en vida y una feliz muerte		12
Benlloch.- Santa Teresa, asistid a Pío IX y a España: Juan B. Lluch		20
Una devota de santa Teresa que le pide de veras el triunfo de la Religión y que prospere en España		20
Gracia.- P. J. C.: Santa Teresa, proteged a Pío IX.....		20
Sabadell.- Una joven, por el triunfo de la Ig.....		1
	Suma	Rs.
2,104'60		

(Sigue abierta la suscripción)